



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020

RELATOS PREMIADOS



**Colegio Oficial
de la Psicología
de Madrid**

**DALE
UN
GIRO
ATU
VIDA**



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020



Edita:

Colegio Oficial de la Psicología de Madrid


Cuesta de San Vicente, 4, 6ª planta

28008, Madrid

www.copmarid.org

Depósito Legal: M-31164-2020

ISBN: 978-84-87556-96-8



La gran acogida que el Certamen de Relato Breve «Dale un giro a tu vida» tuvo en sus primeras ediciones nos animó a convocar la Tercera Edición, que ha vuelto a tener una alta participación.

Este Certamen está enmarcado dentro del Área «Espacios Culturales» que creó el Colegio Oficial de la Psicología de Madrid, para desarrollar este tipo de actividades.

Un jurado compuesto por Juan Carlos Fernández Castrillo, Javier Ruiz Taboada y Antonio F. Figueras y que yo misma presidía, tuvimos el placer de leer los trabajos presentados y la difícil labor de seleccionar los cinco relatos premiados.

El certamen, cuyo lema ha sido “Normalidad aumentada”, debido a la situación tan especial que hemos vivido. Una vez más este certamen ha tenido una gran acogida por parte del colectivo de psicólogas y psicólogos de todo el territorio español; 49 relatos han concursado, todos de una encomiable calidad, lo que nos anima a mantener estas iniciativas culturales y convocar posteriores ediciones.

Expreso mi satisfacción por formar parte de esta bonita tarea, el agradecimiento a los todos los participantes y la felicitación a las premiadas y premiados.

María Antonia Álvarez-Monteserín Rodríguez

Presidenta de Honor del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

PRIMER PREMIO



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020

EL REGALO

Margarita del Brezo Gómez Cubillo

El día que cumplí quince años, estábamos confinados todavía y hacía escasas semanas que mi abuela había muerto sola en el hospital por lo que no lo celebramos. Pero mis padres me regalaron una cama nueva, de esas con canapé, ideal para guardar cualquier cosa sólida y, a ser posible limpia, que se pueda imaginar.

Lo que a todas luces no era más que un práctico regalo cambió nuestras vidas para siempre.

Y es que mis monstruos ya no cabían debajo de la cama así que empezó a ser normal encontrárselos deambulando por la casa. Mi hermano gritaba como un mal actor cada vez que se topaba con alguno, y eso que los conocía de cuando compartíamos habitación; y mi padre no soportaba que leyera el periódico por encima de su hombro mientras desayunaba, y menos aún que comentasen las noticias con sus acentos graves y deformes por lo que me instó muy seriamente a darlos en adopción.

—Con la nueva normalidad ya no es normal tener monstruos en casa; anda, pon un anuncio en internet a ver si alguien los quiere.

Yo, incapaz de imaginar mis días sin ellos, y mucho menos mis noches, propuse tímidamente que se trasladasen a vivir al armario. Fue una buena idea. Hasta que mi madre encontró su chaqueta favorita toda arrugada y llena de pelos y los echó de allí blandiendo una retahíla de adjetivos descalificativos que apenas le cabía en la boca. Tampoco ellos parecían muy contentos de estar reclusos en un espacio tan reducido y poco ventilado. De hecho, el de color verde musgo, el que siempre me avisa si pierdo el norte, empezó a adquirir un tono azulado, como de alga que no sabe nadar, un poco preocupante. Tuve que darle unas friegas con unas pelusas que recogí debajo del sofá mezcladas con polvo de aparador antiguo. Por suerte no le han quedado secuelas.

Entre el teletrabajo, las clases on line y los monstruos pasillo arriba pasillo abajo parecíamos una casa de locos así que mi padre me dio un mes de plazo para encontrarles una nueva ubicación.


Mientras tanto, acordamos que los monstruos no saldrían de mi cuarto sin avisar antes y que tampoco usarían el baño en hora punta porque mi madre, que siempre se entretiene con los desayunos, la colada de urgencia y el trapo del polvo, tuvo que ir un día a trabajar sin ducharse porque el monstruo azul se estaba depilando.

Mi madre es cajera en un supermercado y no puede teletrabajar.

Estaba tan ensimismado en pensar dónde alojarlos y en aprender la letra del «resistiré» que no me extrañó el cambio de comportamiento de mi hermana: ella que siempre me había tratado como a un «old-fashioned-outfit», comenzó a hablarme con afecto e incluso me ofreció ayuda con mis monstruos. Tampoco me di cuenta de que le ponía ojitos al beis, mi monstruo más tímido que, además, andaba un poco acomplejado porque tenía las patas muy delgadas y usaba siempre pantalones de pana para disimularlas. Se fugaron juntos un lunes por la tarde. Supongo que aprovecharon que nadie imagina que en plena pandemia a alguien se le pueda ocurrir huir, y menos por amor ahora que no podemos besarnos.

La echamos de menos cuando nos sentamos a cenar. Le tocaba a ella poner la mesa, pero había sobornado a mi hermano con unos cuantos céntimos y su ración de postre para que la sustituyera. Además, ese día cenamos más tarde porque mi madre se entretuvo comprando mascarillas en la farmacia y había mucha cola. Unos minutos de aquí y otros de allá bastaron para que les diera tiempo a llegar al puerto y esconderse en la bodega de un barco carguero con rumbo a Australia. Parecería el guion de una película si no fuera porque los lamentos de mis padres no salían precisamente del televisor. Como mi hermana acababa de estrenar su mayoría de edad, no se pudo hacer nada. Entonces mi padre decidió no volver a mencionarla nunca más. Estaba tan enfadado que temí que quisiera vengarse del resto de los monstruos, por lo que les busqué acomodo rápido en unos cuantos cuentos de la biblioteca municipal como medida transitoria; sin embargo, les gustó tanto compartir estantes con Pulgarcito, Caperucita y otros clásicos que decidieron establecerse allí para siempre. Y ya pude dejar de preocuparme.

Los sábados, domingos y festivos vienen a casa, —a escondidas, claro—, y dormimos de nuevo todos juntos y abrazados en la habitación de mi hermana, excepto el monstruo rosa, que desde que conoció a Espinete, todo son excusas.



Con mi hermana hablo casi a diario. Al final, como no se adaptaron a vivir boca abajo en las Antípodas, volvieron y alquilaron un pequeño apartamento a tres manzanas de casa. Van a tener un bebé. Y el bautizo será por skipe.

A mi madre la han ascendido. «Ahora trabajo en la caja número 1», dice con tono jocoso para esquivar el cansancio que se le acumula sobre los hombros. Yo la sigo aplaudiendo en cuanto entra por la puerta. Es mi heroína.

Mi hermano pequeño es el único que ha crecido de verdad en esta pandemia. Además se ha enamorado de una niña Rusa que se conectó a su clase por error un día plagado de interferencias internáuticas. Desde entonces, en cuanto termina los deberes, se pone a navegar en su busca y, a lo tonto a lo tonto, se ha recorrido ya medio mundo. Espero que esta segunda oleada no le haga zozobrar.

Mi padre, producto del duro golpe que sufrió, tiene una brecha emocional infectada por falta de cura. Le produce un picor intenso en los ojos, dice, por eso le lloran tanto.

Y yo sigo fingiendo que soy feliz y que el virus me ha hecho más fuerte y que no tengo miedo. Llevo la mascarilla a juego con la sudadera y saludo de lejos a los amigos. Y todo con la más absoluta normalidad. Eso sí, aumentada.

SEGUNDO PREMIO



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020

SACUDIDAS

Sara Díz de Frutos

Nunca pensé que diría esto, pero estoy cansada de que todo me quede grande. Al principio tenía su gracia, no te lo voy a negar, pero me chirría porque hace años alguien me dijo que tenía tintes querulantes en la voz.

Recuerdo días de infancia en los que era capaz de provocar incendios con la mirada. Según mi padre tenía al panadero amedrentado con sólo 6 años.

Eso era de cuando el mundo me quedaba chico porque todo era poco para mí. Pero ya no. Ese pozo de fuego perpetuo y un poco fatuo se apagó. Del todo. Se fue con la mujer que alimentaba mi espíritu combativo y mi padre no supo retenerlo, o no quiso.

Y entonces llegó ella. Deslumbrante y despótica a partes iguales. No quiso quitarle el puesto a nadie, sólo ser mi amiga. Me adoptó como si fuera un cachorrillo. Yo me dejé, no lo puedo negar, pero si mirabas el relleno del asunto, podías darte cuenta en un vistazo que la balanza estaba totalmente volcada hacia un lado. El de ella, claro.

Me hice grande.

Y la visión del mundo cambió para mí sin remedio. Todo era demasiado pequeño para caber en nada, demasiado inaccesible para alguien como yo. Igual que para Alicia, las puertas eran ridículamente enanas para cruzarlas y yo sólo acababa agotada de intentar ser como ella. Pero eso no estaba a mi alcance. No lograba encajar en los moldes que encontraba porque todos tenían su forma, no la mía.

Ser grande implicaba estar expuesta todo el tiempo. Se me veían hasta las costuras, como si fuera un calcetín dado la vuelta.

En ese momento fue cuando el mundo se hizo pequeño y yo me convertí en el ser más grande e invisible jamás visto.

Pasó el tiempo y me acostumbré a mi gigantismo imperceptible. Aprendí a no pisar a nadie con mis enormes pies y a guardar silencio. Pero ella se encargaba de enloquecer mis sentidos para que yo sólo viera mi tamaño colosal, como una atracción de feria desproporcionada y chillona.

Pero llegó el día en que el gigante ya no tenía fuerzas ni para humillarse. Sin previo aviso, me escurrí dentro de mi ropa y me agazapé en una de mis botas como si fuera una hormiga.

Y me quedé en casa con mi miedo. Y yo lo acogí, como el que adopta a un cachorrillo.

Mira que han pasado años, pero se me remueven de nuevo las tripas con aquellas historias que encerré en el sótano bajo capas de terapia y toneladas de sarcasmo.

Y aquí sigo en este marzo extraño, sin pena por ver el mundo enfermar y quedarse encerrado. Ahora que no puedo abandonarme a mí misma ni un rato, siento como las grietas de la casa también están cansadas de mi presencia. También aquí, en mi propio terreno.

A veces me da por echar de menos el aire en la cara. En casa sólo flota el tufillo sobreestimado de los experimentos culinarios de mis vecinos, que no dejan de aplaudir ni de recordarme su existencia.

La diferencia es que ahora veo sus caras espiando detrás de las cortinas. Antes eran solo ruidos y pasos. No quiero que tengan rostro ni nombre, no quiero empaparme de sus historias ni llorar sus penas. No quiero ser una de los suyos. Sólo quiero seguir congelada en mi tiempo, en mi espacio. Ahora que el mundo se ha parado para todos, me siento menos rara, más libre.

Ayer se llevaron a la vecina de arriba entre los gritos de su esposo. Su voz estaba teñida de desconcierto y hielo. Hoy le he oído llorar mientras bajaba la escalera. Nadie se ha asomado a preguntar nada. Parece que no soy la única que está tratando de mantener su mundo intacto. Me ha dado la sensación de que se ha vuelto transparente y reconozco que me da miedo mirarle. Me aterra encontrarme con sus ojos y ver los de aquel que fue capaz de sustituir a mi madre con una celeridad imperdonable.

No recuerdo el rostro del vecino, pero sí tengo grabado a fuego el semblante de ese otro hombre que se volvió un desconocido al faltarle su mitad.

Sin darme cuenta le he puesto sus facciones y sus gestos al que habita por encima de mí. No deja de tener sentido, dado que siempre ha sido esa mi sensación medular, la de estar por debajo, siempre en otro plano de existencia. Fue en ese momento preciso en el que me percaté de que después de tantos años, había vuelto a vivir con mi padre. Me volví pequeña, sentí que el techo se volvía de cristal y que podía verle penando por las estancias de mi infancia.

La mañana en la que él volvió a sus ruidos rutinarios fue el día en el que yo me desconecté del presente para perseguir el pasado. Ese al que llevaba años dando esquinazo de manera triunfal.

Sentí mi cuerpo tan desconectado de mi espíritu que asumí que mi mente había sobrevivido a base de reiniciarse frente a la vida sin vivirla. Sin raíz. Deseaba poder recordar su tono o su tacto. Echaba de menos dibujar su rostro sin que el de ella se interpusiera contaminándolo todo.

Y fue ahí, justo ahí, cuando el corazón despertó de su letargo, pero la electricidad del momento no estaba tan cargada como para cometer una locura. Acaricié por un segundo la posibilidad del encuentro con aquella musa dulce a la que pertenecía mi historia y fue tal la sobredosis de ansiedad que me tuve que tumbar con los pies en alto.

Ahí sigo, descompuesta en el sofá. Aferrada a una foto amarillenta de mi primera niñez. Creo que el mero hecho de haberme permitido su recuerdo me ha dado cuerda para cerrar el telón de mi techo y mirar por la ventana. Pero no por la del patio, sino por la que da a la luz. A la vida.

TERCER PREMIO



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020

ERRANTES

Carmen Lidia García Huertas

Entorné los ojos. Las lecturas que presentaban las holo-pantallas debían de ser erróneas, así que las comprobé de nuevo. Pero no había lugar a dudas, al parecer habíamos llegado a nuestro destino, aunque se trataba de un destino muy diferente del que había guiado el rumbo de la nave durante miles de años.

Me recosté, oyendo apenas el quejido amortiguado del respaldo en el silencio del habitáculo, y atravesé mentalmente la pared intentando imaginar al ocupante de la celdilla contigua. No nos conocíamos directamente, pues en la nave colmena todo era comunitario a través de la vasta red neurodigital, desde las diversiones hasta las decisiones más importantes, mientras que las conexiones individuales estaban desaconsejadas.

Sin embargo, en aquel momento me pregunté cómo sería él, o ella. Cómo serían todos mis congéneres, almacenados como yo en pulcros espacios hexagonales a lo largo de kilómetros y kilómetros, en los cientos de niveles de aquella ciudad flotante. Un arca colosal, que portaba en su vientre los últimos descendientes de la especie humana hasta un planeta seguro, situado a cientos de años luz de la Tierra. No obstante, quienes planificaron la salvación de la humanidad temían que las enfermedades pudieran diezmar lo que quedaba de ella, por lo que encerraron a cada individuo en la asepsia de una celda. Así, nos separaban pocos milímetros de paredes de aluminio, pero éramos desconocidos.

Las pantallas reclamaron mi atención de nuevo. El cerebro de la nave nos alertaba de la aproximación al planeta, del que seguía vertiendo datos sin cesar: atmósfera, gravedad, radiación, rotación, geología... Todo estaba mal. Ninguno de esos valores coincidía con los adecuados para el soporte de la vida humana.

Como esperaba, escuché el discreto timbre que convocaba calmadamente a una asamblea general. Sin embargo, lo que percibí al conectarme no se parecía ni por asomo a la calma. Un enjambre de voces, gritos entrecruzados y algún llanto ahogado colapsaba el audio:

—... no, no, no... esto es imposible, debe de haber una avería en el sistema de navegación o tal vez...

— ... ¿vamos a hacer ahora? No puedo pensar con claridad, necesito un Opiac-25 ya mismo...

—... ¡¿qué demonios estás diciendo?! La nave no ha tenido un solo fallo desde el incidente del PSR J0437-4715, ¡y eso fue hace más de 1500 años! Esto es un, un... ¡sabotaje! Eso es...

—... me da miedo, mucho miedo...

Intenté distanciarme de todo ese ruido y pensar.


Cómo era posible que la nave nos hubiera conducido a un entorno en el que un cuerpo humano no sobreviviría ni veinte segundos. Durante miles de años nos había protegido de la depredación del espacio, nutriéndonos, criándonos, acunándonos...

Quizá se había producido una avería, efectivamente, y sería posible repararla. Sin embargo, al igual que niños, nos sentíamos desamparados ante la idea de coger los mandos.

De repente, la respuesta llegó. Simple, lógica, y aun así invisible para nuestras mentes, ciegas y atrapadas en el miedo.

Miedo heredado de nuestros antecesores, que encerraron en celdas a sus hijos por el acecho de enfermedades propias de un mundo superpoblado, donde ya no quedaba nada por explorar, donde la naturaleza había sido primero dominada, y después aniquilada. Nosotros, sus descendientes, nos estábamos resistiendo a abandonar la seguridad del seno materno. Aunque este planeta en realidad sí reuniera las condiciones ideales para acogernos.

Porque somos robots. Pero lo hemos olvidado. Ensamblajes de metal y fibra de carbono que los humanos usaron como recipientes para volcar lo poco que quedaba de ellos cuando, desgastados por el eterno viaje interestelar, tomaron conciencia de que se enfrentaban a la extinción. El sistema



artificial de reproducción ya no funcionaba, pues la selección natural había decidido que aquel vacío no era lugar para la vida, y los errantes tuvieron que elegir entre alojarse digitalmente junto a mentes inorgánicas, o desaparecer para siempre. La inserción fue tan perfecta que, además de sus recuerdos, conocimientos, gustos y preferencias, cada uno de nosotros asimiló los conflictos, las fobias y toda la complejidad afectiva de nuestros huéspedes.

Olvidamos nuestra verdadera naturaleza y nos mantuvimos aislados. No sólo físicamente, sino también del contacto emocional. Y el miedo al otro floreció, alimentado por milenios en aislamiento, reviviendo las sombras en la caverna del humano prehistórico. Creando lazos superficiales, holográficos. Humo y espejos.

Y ahora, llegar a un posible destino implicaba salir de nuestras burbujas y volver a sumergirnos en la profundidad de las relaciones. Me di cuenta de que temíamos más a nuestros semejantes que a la enfermedad o a un planeta desconocido.

Aunque, pensé también, junto al miedo los humanos nos dejaron algo bueno.

El valor para enfrentarnos a él.

FINALISTA



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020

DISTOPÍA MENTAL

Francisco Mendi Forniés

Los primeros casos de esta nueva pandemia venían de Oriente. Siempre pensamos que formaban parte de hábitos extraños, propios de una cultura peculiar. Todos recuerdan aquella extraña proliferación de “hikikomoris”, en la primera década de este siglo. Lo que comenzó siendo una curiosidad, se asentó entre los jóvenes como una forma de vida que iba más allá de una moda friki.

En Japón surgió dicha palabra para definir a personas que, voluntariamente, decidían quedarse aisladas en casa. Pero cuando este comportamiento comenzó a extenderse por diferentes países, culturas y edades, lo raro ya se había transformado en un trastorno masivo. Comenzó a verse menos gente en las calles y las actividades deportivas o culturales solo tenían un seguimiento masivo a través de los medios y las redes. Apenas se vendían entradas para los eventos en directo. En las empresas, las personas preferían trabajar por medios telemáticos. Los niños seguían sin querer ir a la escuela. Pero sí estudiar frente al ordenador.

En días, la crisis se agravó con nuevos casos que repetían una y otra vez un mismo patrón. Malestar general, dificultad en la respiración, dolor de cabeza, pérdida del olfato y gusto, fiebre, etc. Todo esto iba acompañado de conductas agresivas y, en los casos más graves, de autolesiones y tendencias suicidas. Cada día se incrementaban los datos de nuevas víctimas. Todos estos síntomas remitían, en buena medida, cuando los afectados se encerraban en sus domicilios y practicaban el aislamiento social.

Lo más paradójico fue observar que quienes habían ejercido de ermitaños, ahora preferían salir al mundo exterior, rompiendo sus votos de confinamiento voluntario. Los dinosaurios sociales de los “hikikomoris” se habían extinguido, como si la nueva pandemia hubiera chocado contra ellos en forma de asteroide. De repente la vida había girado hacia la sociedad, huyendo de sí misma. Pero los sobresaltos no iban a terminar aquí.

La sorpresa vino cuando se descubrió al peligroso causante de este síndrome misterioso. Investigaciones en todo el mundo no lograban encontrar rastros bioquímicos de la nueva enfermedad.


Las pruebas realizadas solo habían determinado una inusual actividad, en determinadas zonas del cerebro, que se incrementaba en función de las relaciones sociales de las personas.

La respuesta a tanto interrogante llegó del Laboratorio de Psicología Cognitiva de la Facultad de Psicología. Fue allí donde el trabajo de investigación en equipo, entre profesionales de la Psicología y la informática, encontró el virus que había trastocado nuestra forma de vivir y relacionarnos. Aquel descubrimiento cambiaría el rumbo de la humanidad. Los datos se analizaron una y otra vez y las pruebas experimentales ratificaron los resultados. Los test que diseñaron los psicólogos del centro, confirmaron las evidencias.

Finalmente se publicaron las conclusiones. Por primera vez se tenía la certeza de que un virus informático había conseguido contagiar a humanos. La ficción de la distopía del comportamiento humano era una realidad. Comenzaba a cobrar sentido el hecho de que, prácticamente, no hubiera afectados entre bebés o ancianos que apenas tenían contacto con la tecnología. Tampoco en grupos sociales en los que su relación con otras personas formaba parte de su vida diaria. El resto de la población, la inmensa mayoría del planeta, era un grupo de riesgo vulnerable, suponiendo que no estuvieran ya contaminados por el virus. Para protegerse de la infección, las defensas naturales de las personas les impulsaban a salir de casa, comunicarse en la cercanía, jugar con sus hijos, etc.

El instinto de supervivencia obligaba a las personas a socializarse a través del contacto personal, evitando al máximo la relación por medios telemáticos y redes sociales. Una vez conocida la peculiar causa de este síndrome, lo urgente era evitar un empeoramiento en la salud de las personas más graves, encontrar un tratamiento y prevenir en el futuro que se pudiera repetir un desorden personal, social y laboral tan amplio como el que se estaba viviendo. La necesidad de relacionarse estaba cambiando todos los hábitos.

El gobierno tuvo que intervenir para decretar el estado de alarma social. Así, las personas solo podrían permanecer en sus domicilios el tiempo estrictamente necesario para la higiene y el descanso. Debían apagar todos sus dispositivos electrónicos que estuvieran conectados en Red y hacer uso exclusivo del teléfono para hablar, deshabilitando los datos y la wifi. Los propios operadores de comunicaciones habían restringido esa posibilidad. Se retiraron las pizarras digitales de colegios e institutos.



Se fomentaron actividades masivas, tanto al aire libre como en recintos comunitarios. Y estaban prohibidos los desplazamientos en solitario, ya fuera a pie o en vehículo, bajo fuertes sanciones.

Se acordó una norma que impedía ocultar el rostro y la boca ya que todos los individuos estaban obligados a saludar y hablar con frecuencia para evitar más contagios. A pesar de un cierto descontrol inicial en esta “nueva sociabilidad”, como le había llamado el presidente del gobierno, estos comportamientos de relación se fueron asumiendo y dieron sus frutos. Aunque la batalla dura se libraba en los centros sanitarios. La irrupción de un trastorno que provenía del ámbito tecnológico, en el del comportamiento, con una transmisión inédita, obligaba a una atención diferencial a los afectados. Tuvieron que implantarse Unidades de Psicología Intensiva (UPIs) para los casos más críticos.

Se reclutaron psicólogos para reforzar el sistema sanitario. Lo que puso al descubierto la falta de inversión en los últimos años, para la asistencia psicológica en la atención primaria de los Centros de Salud. Se tuvo que echar mano de profesionales de la Psicología ya jubilados y de estudiantes de los últimos cursos, que colaboraron para afrontar el tratamiento. Las psicoterapias de intervención dieron paso a la Psicología de la prevención.

Gracias a todos los esfuerzos, y a la concienciación de la población para el acercamiento social, se pudo normalizar la situación. Eso sí, las tecnologías de comunicación se fueron reintroduciendo lentamente y de forma controlada, para evitar nuevos rebotes. Se había superado la crisis, pero no la enfermedad. El virus nos ha enseñado que el centro de nuestra vida, no éramos nosotros.

FINALISTA



III CERTAMEN DE RELATO BREVE 2020

CAMINO DE VUELTA

Carolina Ratia Ceña

Mi nombre es Julián y hace dos meses que falleció mi madre, se llamaba Martina. Aunque han sido unos meses muy tristes para mí también me reconforta que haya fallecido como ella quería, en su casa, y rodeada de sus recuerdos. Fue muy duro ver cómo se iba apagando.

Si de algo me siento ahora agradecido es del giro que ha dado mi vida en estos últimos meses y mi madre ha tenido mucho que ver en esta cadena de acontecimientos. Hacía tiempo que mi existencia era demasiado anodina y para colmo el 2020 empezó para mí especialmente desastroso, mi pareja me dejó porque ya había dejado de quererme, eso fue lo que me comunicó de forma muy escueta y distante. A los pocos días fue cuando me confesó que se había enamorado de otra persona. Creo que caí en una especie de depresión, no tenía ánimos ni fuerzas para nada, a duras penas podía levantarme para ir a trabajar.

Esta situación se agravó durante el confinamiento, ya que la única tabla de salvación durante la ruptura había sido mi trabajo en el restaurante y esos momentos tampoco podía ir a trabajar. Se me vino el mundo encima, me sentía vacío, sin fuerzas para continuar. Mi vida dejó de tener sentido. Hasta pensé en algún momento en quitarme de en medio, lo único que me retuvo en esos momentos fue mi madre. Cuando hablaba con ella por teléfono me animaba para que volviese al pueblo, me decía que me iba a venir bien desconectar para ordenar mis ideas.

Me aferré a esa idea de volver con muchas dudas e incertidumbre, también con vergüenza y sentimiento de frustración, por sentirme un fracasado en la vida. No sé cómo conseguí dejar de lado esos pensamientos que me abrumaban, el caso es que en unos días embale mis cosas y dejé mi apartamento de alquiler.

De esta manera fue como puse rumbo a mi pueblo, reconozco que durante el viaje sentí una cierta calma al recordar el olor y el sabor de los guisos de mi madre. La recordé desde muy temprano atareada en su huerto, y por las tardes trabajando en su taller haciendo objetos de cerámica. Fue mi madre la que me enseñó a modelar la arcilla, pasé muchos veranos ayudándola. Por un momento pensé que quizás ahora podría recuperar esta afición.

Necesitaba distraerme y salir de este círculo vicioso donde estaba metido, hacer algo para sentirme útil y aliviar un poco de mi desesperación.


Al llegar a casa me sorprendió el cálido abrazo con el que mi madre me recibió, creo que supo leer entre líneas mi estado de desolación interna. Fue entonces cuando casi me derrumbé y me di cuenta cuánto la había echado de menos todo este tiempo. Disimulé como pude para que no viera cómo me secaba las lágrimas. Mientras mi madre casi en un susurro y con sus ojos inundados de lágrimas me decía lo contenta que estaba de tenerme otra vez en casa.

Ahora cobran tanto sentido sus palabras, y es que ella ya sabía que le quedaba muy poco tiempo de vida. Cuando lo supe y puede tomar conciencia del significado de sus palabras me invadió una enorme tristeza y desolación. Otra pérdida en mi vida.

El tiempo que pasé con mi madre fue una experiencia dolorosa y a la vez enriquecedora no sólo por haber podido acompañarla en sus últimos momentos, también por el amor y el valioso legado que me ha dejado, al igual que en su día hizo mi padre. Mi madre me tenía preparada una caja con todas las cartas que se escribieron durante los años en los que mi padre era pastor y viajaba al sur en la época de la trashumancia. Entre ellas no me esperaba encontrar una carta mía dedicada a mi padre con un dibujo, yo entonces tenía 7 años. Me conmovió saber que mi padre siempre la había llevado entre sus cosas. Después de tantos años esta revelación me llegaba como un regalo.

He recuperado las ganas de vivir paradójicamente gracias al haber transitado esta experiencia de enfermedad y muerte tan cercana, esto me ha dado la fuerza para aferrarme más que nunca a la vida.

A día de hoy tengo un proyecto de vida en este pequeño pueblo de Castilla y León, sí ya sé que muchos pensaréis que aquí no hay futuro, que este sitio está abocado a la despoblación y al olvido. Sin embargo yo he preferido seguir mi brújula interna y mi vocación, he recuperado el taller de mi madre y estoy contento con esta nueva oportunidad, poco a poco voy recibiendo encargos. Por primera vez en mi vida conozco el verdadero significado de pertenencia.



También me doy cuenta que soy muy afortunado porque la vida ha puesto en mi camino a Valentina, una ilustradora que dejó la ciudad y se instaló aquí hace dos años con su hijo Nico.

Nos hemos enamorado y nuestro amor va creciendo cada día, casi al mismo ritmo que lo hacen las calabazas del huerto de mi madre. Así es como Valentina, Nico y yo hemos formado una familia.

Este verano ha sido inolvidable, hemos disfrutado cada día del contacto con la naturaleza. Ahora en otoño si nada nos lo impide subiremos al monte a recolectar setas, en esos meses los hayedos se preparan para recibir el invierno y están especialmente hermosos con el cambio de color de sus hojas de tonalidades ocre, dorados y naranjas, también se empiezan ya a escuchar los impresionantes bramidos de los majestuosos ciervos en su ritual de apareamiento.

En esta época de pandemia, de dolor e incertidumbre mi vida se desbarató y al igual que algunos árboles necesitan perder sus hojas yo también me fui desprendiendo de todo aquello que no era útil en mi vida, logrando dejar atrás la frustración, la culpa, el sufrimiento, el abatimiento y la apatía. Todo este tránsito me ha servido para continuar mi vida siendo consciente de mi verdadera fortaleza.

RELATOS PRESENTADOS AL CERTAMEN

Carta de despedida
¿Sobreviviré?
Desaprendizajes positivos
Mi querida adversidad
Parque de sufrimiento
Arcoíris
Volver
La musicalidad de las palabras en el confinamiento
Facundo: una historia de resiliencia
Los pequeños cambios son poderosos
Viaje en familia
Siempre conmigo
Mi experiencia con sentido
Soñé
Me encanta
El tiempo y yo
En cadena
Rotación y traslación
Dinámico
La extraña calma
La caja del tiempo
Conectando
La tercera visita
La revolución de la ternura
El siguiente paso
Errantes
El amanecer de una nueva realidad y un nuevo mundo
Un velero inquebrantable
Susurros del mar bajo la oscuridad
Vida y muerte en tres actos
Distopía mental
Camino de vuelta
Nuevas oportunidades
Sacudidas
13 de marzo de 2020
El confinamiento de Jaime
Notas para el nuevo orden mundial
Un paso adelante
La casa
Vinceró!
Lupe
Todos podemos aprender a ser sol
La frontera
Asteos
O sole mio
Y vino ella
El regalo
Diario en tiempos de coronavirus
Dylan

Beatriz Carpintero Serrano
Emiliano de la Cruz García
Ania Pérez Racana
M^a Esther Gómez Rubio
María Carmen Linares Miquel
Tania Chousa de las Heras
Marta Freire Úbeda
M^a Teresa Vázquez Resino
José Antonio Portellano Pérez
Jordi López Daltell
Natalia Sánchez Molina
Carmen Gómez Rivas
Laura García Fort
Raquel Montero Kiesow-Virchow
Juan Francisco Velázquez Espinosa
Soledad Campo García
Paula Armiñanzas Royo
Beatriz Alonso Aranzábal
Ana Señán Cano
Sergio Navazo Algora
Yaiza Cabrera Barragán
Icía Eraña de Castro
Alicia Aliaño Lamela
María de los Ángeles Cases Álvarez
Jorge Juan Rico Cuadrado
Carmen Lidia García Huertas
Sonia Martín Fernández
Xabier A. Soto Goñi
Leticia Herrero de la Torre
Fernando Orenes Sánchez
José Francisco Mendi Forniés
Carolina Ratia Ceña
Leire Redondo Urbieto
Sara Diz de Frutos
Natalia Álvarez Gomez
David Peris Delcampo
Rodolfo Gordillo Rodríguez
M^a José de Pedro Palazuelos
Daniel Muñoz Marrón
Ana Isabel Marfil Cea
Adriana Andrade Losada
María Ladero González
María Carmen García Fernández
Inmaculada Esteban Lamela
Margarita Pascual Darlington
Raquel Reyes Torres
Margarita del Brezo Gómez Cubillo
María del Mar Torrijos Sánchez
Roberto Fernandez García

**DALE
UN
GIRO
ATU
VIDA**

